

*Manuel Conde Marcos*

**Torero, Alfredo**

*Idiomas de los Andes, Lingüística e Historia.* IFEA-Editorial Horizonte. Lima, 2002; 565 pp.

Esta obra está dividida en seis capítulos que proporcionan amplia información, la cual da una visión integral de las lenguas de los Andes.

En el capítulo 1, el autor precisa el propósito de aportar a la comprensión de la historia lingüística y cultural del hombre andino mediante la consideración de aspectos de los idiomas nativos correlacionándolos con aspectos sociales; establece la división geográfica de los Andes en Ecuatoriales, Medios y Australes- en los Medios, distingue las regiones norteña, central y sureña-; se señala la utilidad de las técnicas de la historia, la arqueología, la antropología, la etnohistoria, la lingüística descriptiva y comparada para reconstruir el panorama lingüístico de América que se caracteriza por su gran complejidad; toma en cuenta el enfoque comparativo para clasificar genealógicamente las lenguas amerindias y la clasificación tipológica para establecer la elección de las opciones estructurales que ofrece el lenguaje humano y por la que lenguas genéticamente ajenas y geográficamente distintas pueden coincidir en la caracterización de ciertos rasgos fonológicos, morfológicos o sintácticos a fin de conformar un mismo tipo estructural. Complementariamente, considera la Lingüística Geográfica o Areal que contribuye a determinar las situaciones de contacto lingüístico en áreas de convergencia o áreas de expansión.

En el capítulo 2, se presenta el marco geográfico e histórico de los idiomas de los Andes; se compara vocablos del quechua y del aymara; se presenta el desarrollo de la civilización desde la etapa pre- cerámica hasta los estados; se trata las lenguas regionales, las lenguas suprarregionales, los contactos entre lenguas y las lenguas de los pueblos que lograron mayor complejidad socio-cultural- tecnológica, económica y política. Así, desde el siglo VIII aproximadamente, la variedad quechua II se propagó hacia el sur, este y sureste. El quechua se impuso como la lengua prestigiosa, de cultura, de comercio, de gobierno y de relación interregional. Como quechua II B-C, por acción del Estado Incaico, fue lengua general y su léxico ingresó en otras lenguas.

En el capítulo 3, referido a los idiomas de la región centro, se aborda la familia lingüística quechua a la que se clasifica en dos grupos: quechua I o

Wáywash (Huáywash) extendido en la sierra central peruana y el quechua II o Yúngay con los subconjuntos A, B y C, en áreas que se encuentran desde el suroeste de Colombia y el norte de Ecuador hasta el noroeste argentino, pero con interrupciones por interposición de regiones no quechuas y de la región de quechua I. (En la figura 2, se presenta el mapa del área total del quechua en América del Sur). Se analiza el sistema fonológico del protoquechua con 16 fonemas en función consonántica y el sistema trivocálico con a, u, i; la estructura silábica de las palabras monosilábicas o al menos de dos sílabas; los cambios consonánticos y la morfosintaxis del protoquechua caracterizada con rasgos generales como la aglutinación y la exclusiva sufijación.

La familia aru, representada por la lengua aymara y el cauqui o jaqaru, es caracterizada tipológicamente por tener orden SOV, ser aglutinante y exclusivamente sufijadora. El autor postula para el protoaru un sistema de oclusivas y africadas orales de seis órdenes y cuatro nasales, tres fricativas sordas, dos laterales, una vibrante y las semivocales w, y.

Respecto al cholón, se indica que es una lengua aglutinante, predominantemente sufijadora, pero provista de cierto número de prefijos de alta frecuencia, con determinantes que preceden a los determinados y con órdenes oracionales más frecuentes SOV y OSV, con 17 fonemas consonánticos, 5 vocales, 4 ó 5 diptongos y con nexos enfáticos. También se considera las estructuras de la frase nominal y de la frase verbal, la morfología del nombre y del verbo, y el empleo de los procedimientos de la composición y la incorporación para obtener otros verbos.

En el capítulo 4, referido a los idiomas de la región norte, se presenta la comparación del léxico hecha por el obispo de Trujillo, Martínez Compañón, que comprende las lenguas colán y catacaos, sechura, yunga (mochica) y culle (culli), hivito y cholón que aparecen en el mapa de la figura 5. Se reconoce la utilidad de las cartas del Instituto Geográfico Nacional del Perú (antes IGM), las monografías regionales, los planos de municipalidades y centros educativos, y otros estudios. Se señala el área idiomática culle, se presenta vocablos culle y listados toponímicos en la figura 7 y además se hace referencia a las áreas toponímicas DEN, CAT, CHACHA, UAL, YUNGA y QUECHUA.

Con respecto a las lenguas del nororiente peruano: la hoya de Jaén en el siglo XVI, se cita la anónima "Relación de la tierra de Jaén" que muestra pocos vocablos de siete idiomas: castellano, patagón, bagua, chirino, xoroca, tabançal,

copallín y sácara. También se señala la ubicación geográfica de éstas que aparecen representadas en el mapa de la figura 9.

Tipológicamente, la lengua mochica era sólo parcial y laxamente aglutinante, de tendencia analítica, de variación alomórfica, con varias órdenes posibles de los constituyentes oracionales. Se dilucida la estructuración de la FN, la oración simple, las oraciones complejas coordinadas y las oraciones complejas subordinadas relativas, condicionales y adverbiales.

De las lenguas prequechuas de Ecuador, unas pocas han sobrevivido en el noroeste, pues la mayor parte se han extinguido dejando unas pocas palabras registradas en documentos del primer siglo de la posconquista hispánica. Paz y Miño, en su *Diccionario toponímico*, examina las lenguas indígenas del Ecuador: pasto, kara, kito o panzaleo, paraguay, cañar y palta.

En el capítulo 5, referido a los idiomas de la región sur, el autor señala que las dificultades para la comprensión del movimiento de lenguas y pueblos en el Altiplano peruano-boliviano se deben a errores de identificación de pueblos y lenguas. Se caracteriza al puquina como lengua aglutinante no exclusivamente sintética, afijadora con predominancia de sufijos y con cierto número de prefijos; hay limitación al definir los rasgos fonológicos considerando recursos gráficos; se trata la morfosintaxis nominal y verbal, el empleo de subordinadores para indicar si el sujeto de la subordinada es el mismo o distinto del de la oración principal. Por otra parte, se incluye un vocabulario puquina comparado con los idiomas quechua, aguaruna, callahuaya y chipaya. Se considera el callahuaya como una variable del quechua IIC cuzqueño-boliviano, el quechua de Muñecas; la familia uruquilla que es un conjunto de lenguas cuyas relaciones internas y externas, área de dispersión y presencia en la historia cultural andina reclaman estudios en profundidad. Actualmente, hay grado de divergencia entre los hablas uruchipayas. Se considera necesario establecer la ubicación lingüística de esta familia frente a otras familias lingüísticas andino-amazónicas. Con respecto a la relación puquina-arahuaco, establecida por Créqui-Montford y Rivet, el trabajo de reconstrucción de David Payne que evalúa la labor comparativa de 203 protoloxemas y algunos rasgos morfológicos y sintácticos del protoarahuaco en base a la comparación de 24 idiomas de las principales ramas del arahuaco constituye la propuesta más confiable con que hoy contamos para esa extensa familia lingüística amazónica. También se hace referencia a la relación uruquilla-arahuaco comparada con el quechua y el aymara para ubicar posibles préstamos, y la relación ochozuma-chipaya en

base a un “Vocabulario de uruchipayaya”. En la parte que trata la linde austral del Tahuantinsuyo, se considera las lenguas cunza o atacameño, el allentiac, el millcayac y el araucano o mapuche.

En el capítulo 6, el autor presenta el resumen comparativo y el establecimiento de áreas que incluye las zonas, la caracterización lingüística, cuadros comparativos como la tabla de presencia / ausencia de rasgos en la figura 12, los porcentajes de comunidad tipológica en la figura 13 y el cuadro de distancias porcentuales de la figura 14.

Un aspecto muy importante de la obra es el de las tareas como el trabajo de campo sistemático donde las hablas se mantengan en pleno uso o se encuentren en peligro de extinción y el examen crítico del material idiomático conservado en el caso de lenguas extintas o de etapas anteriores de lenguas sobrevivientes como paso previo a una comparación en área mayor.

Se reconoce la labor de investigación sobre las lenguas del oriente boliviano que se realiza en las universidades de Leiden y Ámsterdam bajo la dirección de Willem Adelaar y Peter Muysken, los trabajos filológicos de Gerald Taylor y los trabajos de recuperación lingüística e historia de lenguas como el culle, el cunza, el chachapoya antiguo, el mochica, quingnam, tallán, sechura, culle y otros.

Posteriormente, se daría paso a la comparación con lenguas, familias y áreas americanas distantes y notoriamente diferentes de las andinas por sus características histórico-geográficas a fin de neutralizar los efectos de la difusión sobre las lenguas o sobre áreas lingüísticas en situación de contacto prolongado. La comparación incidiría en la relación genética y en la tipología lingüística. Según el autor, cumplidas las tareas anteriores, podría volverse, mejor pertrechados, a reexaminar la cuestión del quechua, del aru y de otras familias lingüísticas andinas.